tenía verdadero amor al arte. Un día se aficionaron á lo bello, pero como ya comenzaban á ser ricos comprendieron que era más cómodo ir á buscar la belleza á Atenas, á Corinto, á Delpos y comprarla hecha que no inventarla.

Lo mismo les ocurrió con las cortesanas.

Cuando los romanos para seguir la moda de los griegos quisieron tener cortesanas, las tuvieron que comprar. Por eso los romanos, maestros en depravación, eran completamente ignorantes en voluptuosidad.

Inutilmente buscaríamos cortesanas romamanas que comparar con las cortesanas griegas.

No intentemos la comparación.

LAS SERPIENTES

LAS SERPIENTES

Si hay un animal maldito en la creación, es la serpiente: Satán toma su forma para introducirse en el Paraíso terrestre y, bajo su forma, tienta á la mujer, la seduce y pierde al género humano, al que nosotros tenemos el honor de pertenecer.

En el umbral de todas las religiones se encuentra la serpiente como HECHO Ó como Sím-BOLO. Una serpiente que se muerde la cola es el símbolo de la eternidad.

Un día Mercurio, desciende á la tierra para cumplir una misión que le había confiado Júpiter (no sé por qué, ni tengo empeño en saberlo, muchas de las misiones que Júpiter encargaba á Mercurio eran de un género especial y secreto); ya en la tierra ve Mercurio dos serpientes que peleaban, arroja entre ellas el bastón que llevaba en la mano, las dos serpientes se enroscan y el bastón, convertido en cadúceo, se trueca en el símbolo de la paz.

Del limo del diluvio de Decaulion y Pyrra nace la serpiente Piton; se establece en el Parnaso, es decir, en la montaña consagrada á Apolo y la puebla de monstruos. Gerion, Cerbero, el Cuervo que devora á Prometeo, la Esfinge á que interroga Edipo, fueron sus hijos; la Gorgona y la Hidria de Lerna fueron sus hijas. Delfos, espantado de esta descendencia terrible, se dirige á Apolo, le Ilama en su socorro y le recuerda que era el dios protector de la ciudad. Una mañana, en el momento de subir á su carro, toma Apolo su arco y sus flechas, dirige sus caballos hacia la derecha y en lugar de seguir el camino de costumbre y de pasar por los Trópicos, remonta el Parnaso, y á pesar del sílbido del monstruo, á pesar de las llamas y del humo que lanza por sus cien bocas, á pesar de la atmósfera pestífera que le rodea, el dios del

día, le da muerte á flechazos. El combate fué largo. Durante tres horas, los habitantes del lago Tchad tiritaron, y los del Cabo de Buena Esperanza estuvieron á obscuras, mientras los abrasadores rayos caían á plomo sobre Grecia, Italia y el Asia menor. Esta fué la vez segunda que los groelandeses se enjugaron el sudor de la frente, con las mangas de su vestidos, por no tener pañuelos. Y también está comproba lo, que cuando la serpiente Piton estuvo muerta y Apolo, fustigando á sus corceles, se plantó con su carro de un solo envite, en el camino ordinario, muchos de los desgraciados groelandeses, que por vez primera habían tenido calor, se enfriaron de pronto, atraparon pleuresias agudas y murieron en tres días.

Los griegos instituyeron los juegos píticos en honor de este acontecimiento, que no era sino el triunfo del día sobre la noche, de la luz sobre las tinieblas.

Hércules fué quien, habiendo jurado en su infancia, guerra á muerte á los ofidios—ya

en la cuna ahogó entre sus manos á las dos serpientes que enviaba contra él Juno. - Hércules fué, repito, quien con mayor empeño procuró la destrucción de esta raza; mató á la Hidra, cortando una á una sus siete cabezas; traspasó con sus flechas al cuervo de Prometeo. Perseo se encargo de la Gorgona, á la que Minerva, á quien había querido disputar el premio de la belleza, había cambiado los cabellos en vivoras. La esfinge que creía poder devorar á Edipo y que ya alargaba la garra para destrozarle, se arrojó al mar al ver su enigma descubierto por el hijo de Cayo. Por último, Pluton encadenó a Cerbero en la puerta de los infiernos, donde espantaba á las sombras con sus aullidos. Su vigilancia fué burlada dos veces: la primera por la lira de Orfeo; la segunda por el pastel de la sibila. Castigado duramente por Pluton, su doble descuido, se vengó devorando á Pirito; pero Hércules á su vez vengó á Pirito poniendo al monstruo tricéfalo al sol, cuya luz bastó para producirle la muerte. De su baba venenosa nació el acónito.

Tebas poseía un cuadro de la muerte de Cerbero pintado por Polygnoto. Nosotros tenemos la hermosa estatua del Apolo Pitio, encontrada en las ruínas de Antium en Netumo y Ilamada el Apolo del Belvedere, porque fué colocado en la galería del Belvedere en el Vaticano, y el hermoso techo del Louvre representando la lucha de la serpiente Piton con el dios del día, una de las obras maestras de Delacroix.

Italia posee, entre otras obras de arte, dos magníficas cabezas de Gorgona: una de Leonardo de Vinci y la otra de Annibal Caraccio.

Cuando Neptuno quiso castigar á Laocoon, por haberse opuesto á que entrase en Troya el caballo de madera, envió de Tenidos dos serpientes que ahogaron al príncipe troyano y á sus hijos Antípates y Timbreo. El grupo magnifico que representa esta escena, maravillosamente descripta por Virgilio, fué encontrada en 1506 por Felix de Fredi en los baños de Tito de Roma. Plinio asegura que en el grupo trabajaron tres artistas griegos: Agesandro, Polidoro y Atenodoro.

Una de las impresiones más profundas que he experimentado en mi vida visitando lo-

calidades, fué la que sentí viajando de Tenedos á la troyada.

La serpiente consagrada á Apolo se rehabilita después y se convierte en el símbolo de la prudencia y de la sabiduría. Esculapio, hijo de Apolo y dios de la Medicina, estaba representado en Epidaro por una estatua de márfil, que en una mano tenía una vara con una serpiente enroscada. En recuerdo de la serpiente de Esculapio, los farmacéuticos han tomado las serpientes como símbolo de su ciencia.

Esta serpiente de Esculapio es la que Linneo ha llamado después Coluber Æsculapii y á la que el vulgo llama serpiente carrilluda. Hoy sólo se encuentran ejemplares en la India; pero es probable que en tiempo de los Argonautas, en que brilló la figura de Esculapio, se encontrara este reptil en Grecia y Asia Menor. Tiene pie y medio de largo y sus ojos están separados por una franja negra; las ventanas de la nariz son estrechas y la boca está provista de dientes demasiado pequeños para hacer una herida grave.

Hace poco hablamos de la índole especial de las misiones, ó mejor dicho, de las comisiones de que Júpiter encargaba á Mercurio. A consecuencia de una de estas comisiones, que han valido pésima reputación al hijo de Maya, Cadmo, hijo de Agenor, rev de Fenicia, fué enviado por su padre á buscar á su hermana Europa que iba recorriendo el mundo montada en un toro blanco. Al pasar Cadmo por la Beocia, dos de sus compafieros fueron devorados por una serpiente. Cadmo persiguió al monstruo logrando alcanzarle y darle muerte. Para cumplir no sé qué oráculo, arrancó los dientes á la serpiente y los sembró. De esta semilla brotó una raza de hombres que apenas estuvieron sobre el suelo empezaron á combatirse. El primer ensayo que de su razón hicieron fué para odiarse; el primer ensayo que hicieron de su fuerza fué para destruirse. ¡Si hubieran sido animales, sólo provistos de instinto, se UNIVERSIDAD SE RUEVO LEON hubieran reunido en rebaños! BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

- Add. 1925 MONTERREY, MENIO No se queda atrás la Biblia en sacar símbolos de las serpientes.

"ALFONSO REYES"

Después de la negativa del faraón á autorizar la salida de los hebreos, Moisés le envió á su hermano Aarón, para convencerle de la divinidad de su misión, y en efecto, Aarón realiza varios prodigios delante del soberano egipcio. Uno de estos prodigios es convertir la vara de Moisés en serpiente.

Los magos egipcios hicieron prodigio igual, pero la serpiente de Aarón devoró á las otras.

Este fué uno de los prodigios que determinaron al faraón á dejar salir los hebreos de Egipto.

El pueblo elegido se subleva en el desierto, echando de menos, á pesar del maná, el alimento más substancioso que cosechaba en las orillas del Nilo. Dios castiga á los revoltosos, enviando contra ellos una lluvia de serpientes, cuyas mordeduras quemaban como el fuego. Muchos hebreos perecen, y aquel duro ejemplo hace que los demás se arrepientan y que acudan á Moisés, quien hace una gran serpiente de metal, de virtud tan rara, que á los que habían sido mordidos les bastaba ir á mirarla para quedar curados.

No es, por consiguiente, justo considerar

à Hahnemann como el inventor de la homeopatía; la homeopatía fué descubierta por Moisés: similia similibus.

Todos nos hemos estremecido en el colegio oyendo referir el episodio de la serpiente de Régulo. Valerio Máximo refiere (libro 1.°) que Régulo encuentra cerca del río Begrado, entre Utica y Cartago, una serpiente monstruosa que acomete á los soldados que se acercan á la orilla. A los que logra alcanzar, los asfixia entre sus potentes anillos y los envenena con su aliento. Las escamas que cubrían el cuerpo del reptil, eran tan duras, que resistían á las flechas y á los dardos que se le tiraron, y fué preciso que se emplearan para darle muerte las catapultas, como si se tratara del ataque de una ciudadela. Después de disparar varias veces inútilmente, una enorme piedra lanzada con gran violencia destrozó la columna vertebral de la serpiente, que cayó retorciéndose y silbando con tal estrépito, que los soldados, ni aun viéndola en la agonía, osaban acercarse. Otra piedra certeramente tirada, destrozó la cabeza al reptil. Régulo envió á Roma la piel, que medía ciento veinte pies; fué colocada en un templo, donde, según Plinio el naturalista, se veía aún en la época de la guerra de Numancia.

Mitridates, vencido por Lúculo, salió del reino de Pont, atravesó la Colchida, una parte de la Iberia, y después de un largo viaje, atravesó el Cáucaso por el valle que en la actualidad conduce á Wladikaxkas. Lúculo le persiguió hasta la capital de la Iberia, situada donde hoy se eleva Tiflis. Cuando estuvo allí se acordó de las maravillas que Herodoto refiere del mar Caspio y resolvió conocerlo, pero al llegar á las estepas, dice Plutarco, sus soldados encontraron tantas serpientes, que se negaron á pasar adelante. Cuando yo hice á la inversa, es decir, del mar Caspio al mar Negro, el viaje que quería hacer Lúculo, era invierno; las serpientes estaban escondidas en sus agujeros, pero escavando la tierra á la profundidad de medio pie, se descubrian pelotones de reptiles. Eran serpientes amarillas y negras, de dos metros de longitud, y de picadura venenosa, según se me dijo.

Las serpientes tenían su participación en casi todos los prodigios y todos los augurios; la madre de Augusto se durmió en el templo de Apolo, y una serpiente, que los aduladores de Augusto dijeron después que era el mismo dios, se introdujo en la litera da Acia, de donde no salió sin haber dejado huellas visibles de su paso. Nueve meses después nació Octavio. Es innegable que Augusto tenía mucho de la prudencia y la falacia de la serpiente.

¿Tendría algo que ver su parentesco con la serpiente, en el sino que quiso que Octavio tuviera una serpiente por aliada en los asuntos más graves de su vida?

Todos adivinarán seguramente á qué serpientes me refiero.

Hablo de sus disensiones con Antonio y de su lucha con Cleopatra.

Cuando César fué asesinado por Bruto y

Casie, es decir, por los dos representantes de la aristocracia romana, Octavio, que tenía apenas veinte años, estudiaba en Apolonia con su amigo Visanio Agripa, de alguna más edad que él. Al mismo tiempo se le notificó que su tío había sido asesinado y que se le había designado por heredero. La primera de las dos noticias era terrible, la segunda más terrible quizás.

En efecto: la herencia de César sólo un César podía recibirla sin temor.

El heredero debía, ante todo, tomar venganza de Bruto y Casio, es decir, contra los dos hombres, si no más populares, porque ya hemos dicho que representaban la aristocracia, los más poderosos de la época.

Además, el testamento que dejaba á Octavio heredero del imperio del mundo, estaba en poder de Antonio, terrible ejecutor testamentario, que ya se había apoderado, por mediación de Calpurnio, de los treinta millones que César había dejado al morir, y que todos los días añadia un codicilo que le enriquecía despojando á Octavio.

Octavio no sabía con certeza si debía temer más á su amigo Antonio ó á sus enemigos Bruto y Casio, y como hijo prudente de una serpiente, resolvió ir á consultar á un sabio astrólogo que habitaba solitario en las cercanías de Apolonia.

Demasiado precavido Octavio, no quiso ir solo y se hizo acompañar por su amigo Visanio Agripa. Respetando las tradiciones guardadas por los consultadores de adivinos, ninguno de los dos dió su nombre. Octavio exigió que Agripa pasara el primero.

Agripa dijo su edad, el año, el mes, el día de su nacimiento; el adivino consultó los astros y anunció á Agripa que sería favorecido por la fortuna, llegaría á general de las fuerzas de un gran imperio y se casaría sucesivamente con la sobrina y la hija de un emperador.

Al oir esta predicción, Octavio, no creyendo que se le pudiera augurar fortuna igual á la de un amigo, se negó á decir su edad, el año, el mes y el día de su nacimiento. Pero el astrólogo y Agripa insistieron de suerte que acabó por responder á todas las preguntas que se le hicieron. Teógeno miró la mano de Octavio y cayó ante él arrodillado con la cabeza inclinada. -Vos,-dijo al joven,-joh, señor. seréis el emperador de quien éste-(señalaba á Agripa)-será sobrino y yerno.

Entonces Octavio le dijo quién era y la situación en que se encontraba, por lo que había resuelto ir en busca de sus consejos.

El adivino le aconsejó que marchara á Roma sin perder instante.

-¡Sea!-respondió Octavio,-pero tú vendrás conmigo.

Prudente, como su padre la serpiente, Octavio quiso tener en sus manos al astrólogo que le había ofrecido el imperio del mundo.

Todos saben como conquistó este imperio Octavio; como se enemistó con Antonio que llegó á ser su cuñado, como le batió en Actium y como Antonio abandonó el imperio del mundo por seguir á Cleopatra.

**

Los elegantes de Roma iban de cuatro á ocho de la tarde, á pasear en litera al campo de Marte; se apeaban en la Septa-Julia, pórtico, bajo el cual encontraban asientos, que

ocupaban, como en nuestros días se hace en las Tullerías y en los Campos Elíseos. Unos, la mayoría, se entretenían con bolas de ambar que pasaban de una mano á otra; los demás enroscaban á sus brazos y aun á sus cuellos, serpientes domesticadas, y el contacto de la helada piel de los reptiles, producía á aquellos hombres extraña voluptuosidad.

Muy conocida es la historia de Tiberio y de la serpiente amaestrada que llevaba de ordinario enroscada al cuello.

Al anochecer, á la hora en que los murciélagos salen de sus nidos y las lechuzas dejan sus escondites, se veía salir al pálido viejo de uno de sus doce palacios y descender llevando á su derecha á Trasilo su astrólogo y á su izquierda á Macron su médico. De cuando en cuando acercaba la cabeza de la serpiente á su oreja para hacer creer á sus súbditos, que le miraban con asombro, que el reptil le decía en voz baja el nombre de sus enemigos.

Ya retirado en Capra, intentó dos veces Tiberio volver á Roma, pero ni la primera ni la segunda vez llegó al término de su viaje. La primera vez viajaba por tierra. Al illegar á Albano se detuvo para contemplar á Roma, que entonces se extendía hasta Ostia. Para mejor contemplar la ciudad se recostó, dejando la serpiente en el suelo.

Tiberio cayó en profunda meditación. Quisiéramos poder decir á nuestros lectores cuáles fueron los pensamientos de Tiberio en aquella ocasión, pero son precisos el genio y la pluma de Tácito para atreverse á escribir esta página de la historia.

El primer pensamiento del anciano, al terminar su meditación, fué para su serpiente; pero mientras Tiberio soñaba, miriadas de hormigas habían devorado á la serpiente.

Tiberio, espantado, llamó á Trasilo y le enseñó el esqueleto de la serpiente.

-¿Qué significa esto?-preguntó el emperador.

—César,—respondió el astrólogo,—es un presagio que Júpiter te envía.

-Interprétalo, ya que eres adivino.

-César, teme á la multitud.

César bajó la cabeza, reflexionó un instante, y por fin dijo con voz sombría pero imperativa.

-Volvamos á Capra.

Su segundo viaje á Roma, fué á Tiberio más fatal todavía que el primero. Esta vez iba embarcado con el intento de entrar en la capital de su imperio por el Tiber. Algunas millas antes de llegar á Ostia, se vió asaltado por los mismos temores que le habian torturado en Albano, y ordenó que se le llevara nuevamente á Capra. Se le obedeció, pero á la altura del cabo Misena, el anciano emperador se sintió enfermo, de suerte que no pudiendo continuar el viaje desembarcó en la ciudad que Mario había comprado á Cornelio y que César había heredado de Mario, Augusto de César y Tiberio de Augusto.

Falto de fuerzas para ir más lejos se instaló Tiberio en una sala baja que daba á su impluvium, donde se hizo arreglar un lecho.

Cerca del lecho se sentó el hijo mayor de Germánico y de Agripina, el nieto adoptivo de Tiberio, á quien se había apodado Caligula porque usaba la caligula, es decir el calzado del soldado. Había sido reconocido Calígula, heredero del emperador, y esperaba impaciente que su abuelo muriera. Tibe-

rio cerró los ojos, tuvo un movimiento convulsivo y quedó inmóvil, Calígula que no le perdía de vista, se apoyó en el lecho, miró á Tiberio ávidamente y para asegurarse de que estaba bien muerto le acercó á la boca un espejo de acero que no fué empañado. Era indudable que Tiberio estaba muerto y por consiguiente que Calígula era emperador.

Dió un grito de alegría, quitó del dedo de Tiberio el anillo que le servía de sello y que entre los romanos era el atributo del imperio, y salió al patio lleno de oficiales, de soldados y de cortesanos, gritando:

-¡Tiberio ha muerto dándome su anillo y nombrándome emperador!

Pero en el momento en que todos repetían: «¡Tiberio ha muerto! ¡viva Calígula! ¡viva el hijo de Germánico!» Se abrió la puerta de la cámara mortuoria, y en ella apareció una sombra, un espectro, un fantasma, el moribundo Tiberio, lívido, tembloroso, con las manos crispadas, los ojos desencajados é iluminados por un postrer brillo: el emperador gritaba:

-¿Quién osa llamarse emperador? ¿Quién

osa gritar viva Calígula cuando aún vive Tiberio?

Más lívido, más tembloroso que el moribundo y con mano aún más crispada, Calígula asió del manto del médico Macrón, que también había creído muerto al emperador. Calígula preguntó:

-¿Qué hacemos?

-¡Acabar con ese momia!

Y precipitándose en la sala baja, derribó á Tiberio sobre el lecho, y le tapó con una almohada la boca, mientras Calígula, sujetando el anillo imperial con los dientes empujaba la puerta con ambas manos.

Cuando la puerta se abrió, cuando salió Calígula, Macrón podía afirmar sin temor á equivocarse, que Tiberio había muerto.

De la antigüedad pasamos á la edad media: de Trasilo á Merlin; de Locusto á los mil magos sin nombre que recorren la campiña alumbrada por la luna, para arrancar las mandrágoras que encontraban bajo los pies

de los ahorcados. Es la época de la caballería. Los encantadores y las hadas, esos semidioses de la ciencia, se mezclan en los combates de los Rolando, de los Astolfo y de los Amadis, como Venus, Minerva y Apolo se mezclaban en la antigüedad, en los combates de Aquiles, de Ajax y de Hector.

Por el día, los traviesos encantadores y las endiabladas hadas conservan sus formas humanas; pero cuando la noche cierra se trocaban en serpientes y símbolos de la envidia, merodean por las cercanías de las viviendas iluminadas por las hadas, respondiendo con silbidos á los sonidos de los instrumentos y á los suspiros del amor.

El más popular de todos estos encantadores fué Merlin; la más célebre de estas encantadoras fué Melusina.

Todos conocen su historia. Era hija de un rey de Albania: en la campaña de Morea, dirigida por Guillermo de Champlitte, Raymundo de Foser, primer señor de Lurignan, recibió hospitalidad en casa del padre, y se casó con la hija. De vuelta á Francia, levantó, por arte mágico, porque era hada, el castillo de Lurignan en Paris, y fué la madre

de los Lurignan; de aquí que se le llamase la mère Lusigne, y más tarde por corrupción Merlusine.

Después de su muerte, se la vió varias veces rondando el castillo que había levantado, unas veces en forma de mujer, otras en la de serpiente y en ocasiones tomando la forma de mujer desde la cabeza á la cintura, y de serpiente el resto del cuerpo. Estas apariciones tenían lugar cuando amenazaba alguna desgracia á la familia, desgracia que el hada anunciaba con sus gemidos, sus gestos lúgubres y sus silbidos estridentes.

Los recuerdos de la antigüedad pagana, los de la Biblia, los de la Edad media han hecho de la serpiente un sér á la vez simbólico y religioso, fantástico y real, inspirando á unos respeto, á los otros terror. Herodoto dice que la mirada del basilisco daba la muerte.

Cuando yo era niño, tenía á mi disposición en casa de una amiga de mi madre, llamada la señora Darcourt, viuda de un médi-

ENCICLOPEDIA.-11

co, una edición ilustrada de la Historia Natural de Buffon.

Tenía yo gran afición al león, al tigre, á la pantera y al perro; pero toda mi curiosidad se concentraba en la serpiente, y miraba con la más respetuosa consideración á esas gigantes boas que ahogan á un buey, le oprimen desfigurándole, le cubren de baba y se lo tragan con carne y hueso, empleando seis semanas en digerirlo.

A los siete ú ocho años yo era valiente y podía, como Nelson, preguntar qué era el miedo. Un día leí en el *Journal de l'Empire* que un prisionero había sido devorado en su encierro de Amiens por una serpiente.

La serpiente es un fascinador moral y fisico.

Levaillant refiere que cazando en una laguna se sentía insensiblemente atraído hacia un punto determinado, sin poder adivinar la causa de esta atracción. Volvió la cabeza hacia donde la misteriosa fuerza le Ilevaba, y vió una enorme serpiente que le miraba con la boca abierta y los ojos fijos. El intrépido viajero confiesa que el primer momento fué terrible y que se creyó perdido; pero animado por el instinto de conservación, más que por la voluntad razonada, disparó su escopeta sobre el mónstruo; la serpiente fué herida, hizo un movimiento y cesó el encanto que retenía á Levaillant, quien pudo huir.

Los pájaros son los animales que con mayor intensidad sienten los efectos de la fascinación de la serpiente. El desgraciado volátil que á una distancia de diez, quince y aun veinte metros, es mirado por una serpiente fascinadora, parece haber perdido el uso de sus alas y la facultad de volar; las abre y las cierra, mas no logra sino golpear febrilmente su cuerpo, al propio tiempo que dar gritos ahogados, y cae de rama en rama con agitación semejante á la agonía. Todos sus esfuerzos son inútiles, é irremisiblemente va á caer á la boca de la serpiente que engulle al pájaro sin el más pequeño esfuerzo.

Un naturalista amigo mío, me decía que

había sido testigo de uno de estos hechos desesperados, y que en el momento en que el pájaro iba á caer en la boca del reptil tuvo, mi amigo, el acierto de disparar su escopeta contra la serpiente, cuya cabeza destrozó. El disparo fatal para el reptil no influyó de momento en la suerte del pajarillo. que cayó pesadamente y mortecino al lado de su enemigo decapitado. Mi amigo tomó el pájaro, que no se movió, le echó algunas gotas de agua en el pico y se lo metió en el pecho entre la carne y la camisa. Hasta des pués de media hora no pareció el animalito recobrar todas sus facultades, y aun entonces, á pesar de que su salvador le ofrecía la libertad teniéndole en la palma de la mano, tardó algunos minutos en lanzarse al aire y en confiarse á las alas que se habían negado á sostenerle.

Recuerdo que siendo muy niño, jugando en el jardín de un castillo que habitábamos mis padres y yo, oí gritos lastimeros que partían de un estanque donde el jardinero tomaba agua para regar las legumbres. Fuí corriendo al encuentro del jardinero, á quien también habían llamado la atención aquellos gritos.

Nos aproximamos al estanque y vimos una rana, que á pesar de los esfuerzos que hacía para trepar por la pared del estanque y arrojarse al agua, caminaba, ó con más exactitud, se escurría hacia un matorral, del que salía la cabeza de una enorme culebra que tenía la boca desmesuradamente dilatada y fijaba en la rana dos ojos chispeantes al mismo tiempo que su lengua, en vez de agitarse de un lado á otro, según costumbre, salía de la boca y volvía á entrar con juego émbolo de bomba. Tan ocupada estaba la culebra en fascinar su presa que no advirtió que nos acercábamos el jardinero y yo. A medida que la rana se acercaba á la culebra, los gritos de la víctima eran más agudos y sus esfuerzos más desesperados. Por fin, cuando estuvo á ocho ó diez centímetros de la boca, pareció como que las fuerzas la abandonaran, y como si ya hubiera perdido toda esperanza, se entregó á

su enemigo, que comenzando por la cabeza, la tragó con increible facilidad.

El jardinero creyó que era la ocasión de intervenir; golpeó el matorral con el pie y la culebra, atacada por detrás en el momento en que menos lo esperaba, salió espantada de su guarida y se vió obligada á su vez á atravesar el camino enarenado que momentos antes había recorrido la rana en sentido inverso.

El jardinero descargó sobre el reptil un golpe de azada y del trozo que quedó con la cabeza salió la rana viva, pero aturdida como el pájaro, y como éste estuvo largo rato en la mano del jardinero, mortecina primero, indecisa después; de pronto pareció recobrar todas sus facultades, saltó al agua y desapareció de nuestra vista.

La anécdota no tiene nada de asombrosa, teniendo en cuenta el tiempo increible que emplea la serpiente en digerir la presa que engulle. Mr. Chauvallón, autor de un Viaje d la Martinica refiere, que habiendo abierto una serpiente, de la especie llamada diente de perro tres meses después de haber tragado el reptil un pollo, y sin haber tomado después ningún alimento, halló el ave casi intacta, habiendo conservado la forma y todas las plumas.

En cuanto á lo que hemos dicho del grado de dilatación que puede alcanzar el cuello de una serpiente cuando ha de tragar una presa que la iguala y aun supera en grosor, citaremos varios ejemplos, dando como garantía el nombre de los autores de donde los tomamos.

Cleyero, entre otros, refiere que en la India compró á los cazadores del país varias serpientes de veinticinco á treinta pies y que en el cuerpo de uno de estos reptiles encontró un ciervo de tres á cuatro años, con las astas intactas, y en el de otro un cabrón montés también con cuernos; por último, en el cuerpo de un tercero halló un puercoespín.

Aunque esta clase de serpientes no tiene el veneno de la víbora y de la serpiente de pascabel, no es por eso menos temible. Generalmente aguardan á su presa con la extremidad de la cola enroscada en un árbol que les sirve de punto de apoyo; en el momento oportuno se lanzan sobre el hombre, el caballo, el buey, el ciervo, etc., le envuelven, y le ahogan y destrozan. Si el animal está dotado de gran fuerza y resiste, el reptil tapa con la boca las narices y la boca de la presa, que muere prontamente por asfixia. Como la carne de esta serpiente tiene gusto excelente, los negros se dedican á cazarla.

Mentzelius refiere que el príncipe Juan Mauricio de Nassau, vió, siendo gobernador del Brasil, una serpiente en cuyo estómago se encontró entero el cuerpo de una mujer embarazada.

Adamson dice también que en su viaje al Senegal en Mayo de 1752, tuvo ocasión de ver una serpiente de pocos meses que sólo medía tres pies de longitud.

Después se le ensañaron otras dos, de las que la más grande tenía de veintidos á veintitres pies; pero los negros que se las enseñaron le aseguraron que algunas serpientes llegaban á tener de cuarenta y cinco á cincuenta pies. La cabeza de estas serpientes es entonces dos veces más grande que la del más enorme cocodrilo. Su cola se replega en espiral; su cabeza se eleva con la parte anterior del cuerpo á una altura de diez ó doce pies, derecha é inmóvil como un árbol al que la brisa imprimiera un débil balanceo. En esta actitud dirige las miradas á su alrededor y deshaciendo las espirales de su cola, tan pronto como ve una presa se lanza sobre ella, la destroza y la traga como las boas.

Adamson quedó admirado cuando quiso dedicarse á la caza de estos mónstruos, de la repugnancia que los naturales del país sentían á acompañarle. Al principio creyó que era el temor el que les aconsejaba que no fueran al encuentro del reptil; pero no tardó en conocer la verdadera causa.

La serpiente gigante no es muy peligrosa á causa de su gran tamaño, que delata fácilmente su presencia. Pocas veces ataca al hombre, y la caza de los animales grandes como el caballo, el buey, el ciervo y otros cuadrúpedos ágiles, no parece entusiasmarle, no sabré decir si por lo mucho que le fati-